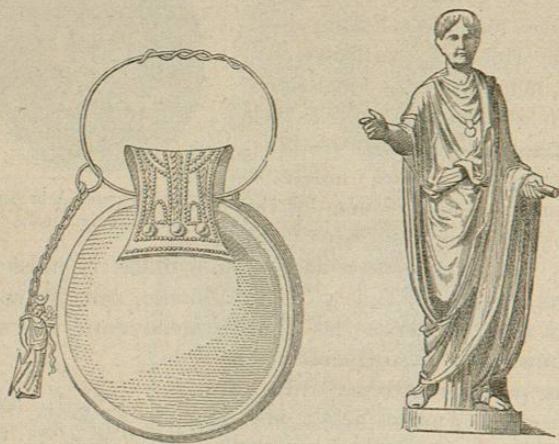


cuando convidaba á sus divinidades poliadas al solemne festín del *lectisternio*.

En una época ya escéptica, Plauto pone en escena uno de estos lares, el cual explica á los espectadores el asunto de una comedia del gran cómico latino. «Soy, dice, el dios familiar de esta casa. Desde hace muchos años tengo la guarda de ella y sobre ella velo de padres á hijos. El abuelo del dueño actual me confió con muchas instancias un tesoro, que sin que nadie lo supiera hubo de esconder bajo



1. Bulla (1). - 2. Adolescente romano con la bulla (1)

el hogar, recomendándome que lo guardara. Era un avaro, y partió sin decir una palabra de esto á su hijo. Muerto él, observé la conducta del hijo para cerciorarme de lo que tenía que esperar de él, y muy luego reconocí á mi pesar que era tan avaro ó más que el padre, pues aun disminuía para mí el gasto. Yo lo castigué, pues no supo nunca lo del tesoro. Su hijo le parece al padre, como éste al abuelo; pero su hija no deja pasar día sin ofrecirme incienso, vino y suplicaciones. Así, pues, para ella será el tesoro.»

Quitad la risa poco respetuosa del poeta que hace del dios familiar una máquina de teatro, y encontraréis el dios cuyo culto fué el consuelo y la esperanza de muchas generaciones.

Al culto de los lares estaba asociado el del fuego doméstico, y puede decirse que los dos sillares que sostenían la sociedad romana eran la piedra del hogar y la piedra del sepulcro. La familia se había formado al rededor de la una, y á pesar de la dolorosa separación, continuaba al rededor de la otra. Quien no tenía penates andaba errante en la vida, como el que no tenía sepulcro andaba errante en la muerte: así, el hogar doméstico era un lugar sagrado. En las calendas, en las nonas, en los idus, todos los días de fiesta, se colgaba sobre él una guirnalda de flores (2) y á su entrada en la casa, el padre de familia saludaba ante todo á los lares del hogar (3).

La diosa Vesta reinaba en el hogar público «llama viva que no da ni recibe ningún germen de vida» (4); por consiguiente, virgen inmortal, que no quiere tener más que vírgenes por compañeras. Cada casa poseía también una Vesta doméstica: el hogar era su altar y el fuego que ardía

(1) El número 1 representa el anillo ó aro que llevaban los niños al cuello hasta la edad de 14 años. Lleva pendiente de una cadenilla una estatuita de Isis, como amuleto preservativo de todo mal. Los pobres usaban la bulla de cuero. El número 2 reproduce una estatua del Louvre, representando á un muchacho llevando la bulla.

(2) Catón, *de Re rust.*, 143.

(3) *Ibid.* 2.

(4) *Vivam flammam... que semina nulla remittit nec capit.* Ovidius, *Fast.* VI, 261-94.

en él era un dios; el dios que mantenía la vida en la casa, como el sol en la naturaleza, que cuece el pan, fabrica las herramientas, ayuda en todos los trabajos; pero también el dios que purifica y no se mancha jamás, el dios que recibe los sacrificios y lleva á las demás divinidades los ruegos y deprecaciones de los mortales, cuando la llama avivada por el aceite, por el incienso y por la grasa de las víctimas, brilla y se lanza hacia el cielo.

«¡Oh caro hogar! dice un himno órfico; tú que eres siempre joven y bello, haznos dichosos siempre; tú que sustentas, recibe de buena voluntad nuestras ofrendas, y en cambio, danos la dicha de la salud.»

Con menos fervor religioso, pero con emoción que hace comprender este culto eterno del hogar, dirá más tarde Cicerón:

«Aquí está mi religión, aquí mi raza y las huellas de mis padres. No sé qué encanto encuentro en este lugar, que penetra mi corazón y mis sentidos.»

Y nosotros también, los modernos, sentimos, si no hablamos como Cicerón, cuando volvemos á sentarnos al hogar paterno.

### III. - LOS MANES

Las almas de los muertos eran de dos maneras: las de los malos, los *Larvas*, y las de los buenos, los *Manes*.

Los manes, los *seres puros*, eran los muertos purificados por las ceremonias fúnebres y convertidos en protectores de los que habían dejado tras sí en la vida. En Roma, como en todas partes, no se creía que el muerto lo fuera absolutamente: tenía su morada como el vivo, y su hogar era el sepulcro. Allí comenzaba una segunda vida, triste, pero tranquila, si los ritos funerarios se habían observado; colérica y desdichada, si no se le habían hecho honores fúnebres. Separado de sus restos mortales, el ser humano no dejaba la tierra para subir á las regiones etéreas ó descender á los infiernos: invisible, pero presente siempre, permanecía al lado de los que le fueron caros, inspirándoles juiciosos pensamientos y protegiendo su vivienda y sus bienes, á condición, sin embargo, de que los vivos tributaran al muerto el culto de los mayores. En el origen eran crueles estos ritos, á lo menos en el día de los funerales, porque se creía que los manes amaban la sangre. Sobre el sepulcro de un rey ó de un héroe era inmolada su esposa, sus esclavos, su caballo de guerra, ó cautivos; y de esta costumbre provinieron las luchas de gladiadores, que fueron al principio, como después entre nosotros los autos de fe, actos de devoción.

Pero en los aniversarios, los manes quedaban satisfechos, como los parientes vinieran á adornar el sepulcro con guiraldas de follaje, como nosotros con flores, á depositar en él tortas de harina y miel, y hacer libaciones de vino, leche y sangre de una modesta víctima. Ellos asistían invisibles á éstas piadosas ceremonias y tomaban su parte de las ofrendas. Gran número de bajo-relieves y pinturas representan muertos haciendo su comida *elísea*. Luciano, que se ríe de todo, se burla de este apetito de los muertos; y efectivamente, en su tiempo, y aun antes de él, eran unos pobres



Adoración ante un sepulcro (5)

(5) Tomado de un vaso en que se representa á Orestes acercándose al sepulcro de Agamenón.

diablos los rateros de los sepulcros, *bustirapi*, que hacían el papel de los muertos, hurtando de noche los alimentos depositados en los sepulcros. Pero las gentes piadosas creían que con estas ofrendas se granjeaban la benevolencia de los manes y que omitirlas era exponerse á su cólera. Entonces, vagando en la silenciosa noche, venían á espantar á los vivos, ó á introducir la enfermedad en sus ganados, ó á poner la esterilidad en sus tierras (1). También, aun en tiempo en que la devoción á Júpiter había singularmente menguado, escribía Cicerón: «Dad á los manes lo que les es debido y tenedlos por seres divinos, pues nuestros mayores quisieron que los que salieran de esta vida estuvieran en el número de los dioses (2).»

Nosotros nos santiguamos al pasar por delante de un sepulcro: los romanos decían al muerto: *Duerme en paz*, ó bien: sénos propicio. Y lo saludaban con el mismo movimiento de adoración que á los mismos dioses. Aun cuando una familia se viera obligada á vender el campo en que estaba su bóveda funeraria, la ley le reservaba el derecho de tránsito, para que pudiera ir á cumplir los ritos sagrados (3). A la vuelta de las *Feralias*, el último día de la fiesta de los muertos, se celebraban en todas las casas las *Caristias*, festines en que tomaban parte todos los parientes. En ellos se recordaban los hechos gloriosos ó faustos de la familia, adorábase en común á los lares protectores de la casa paterna, y se separaban con mutuas opciones de prosperidad. «A este banquete fraternal, dice Ovidio, venía siempre á sentarse la Concordia.»

Esta religión de la muerte es á la vez la más antigua y la más simpática, pues establece un vínculo entre las generaciones pasadas y las que les sobreviven. El alma de los antepasados era el alma de la familia, y había en esta firme creencia un gran principio de conservación social.

Pero notemos que esta fiesta de los muertos difería esencialmente de la nuestra, que es una hermosa idea de caridad universal, continuada más allá del sepulcro: la oración por todos, para aquellos que no tienen á nadie. Entre los romanos, el culto de los muertos era esencialmente doméstico. Solamente los allegados podían hacer las ofrendas, y ningún extraño tenía el derecho de asistir á las comidas funerarias, piadosa representación de los banquetes de la vida *elísea*, única alegría que romanos y griegos hubieran inventado para sus muertos. El hombre que moría sin dejar familia tras sí, carecía de estos honores que eran el reposo y consuelo de los muertos. Así, para evitar esta desdicha, el romano sin hijos se creaba una especie de familia legal, á falta de la natural, y sólo á una creencia religiosa ha de atribuirse la importancia de la costumbre civil de las adopciones, tan frecuentes en Roma como raras son entre nosotros. Los colegios funerarios, en tiempo del imperio, será otra manera de crearse allegados que puedan cumplir los ritos necesarios á esta segunda vida del sepulcro.

Los larvas, mensajeros de la mansión sombría, traían á los vivos los sueños funestos, las visiones amenazadoras y

(1) ... *Tacite... tempore noctis*  
*Perque vias urbis, Latiosque ululasse per agros*  
*Deformes animas.*

(Ovid. *Fast.* II, 55, 2.)

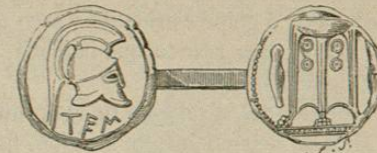
(2) Cic. *de Leg.* II, 9 y 22... *Majores eos, qui ex hac vita migrassent, in deorum numero esse voluissent.* Conviene recordar esta creencia tan persistente entre los romanos, cuando veamos á los emperadores declarados *divi*.

(3) Dig., XVIII, 1, 6. Estos derechos del sepulcro se encuentran hasta en el extremo Oriente. Entre los anamitas, los hijos heredan por igual los bienes de su padre, salvo el mayor, que tiene una parte más, á condición de cuidar de los sepulcros de los mayores.

las apariciones terribles: eran los fantasmas que poblaban las sombras, y cuya cólera se conjuraba ó se procuraba conjurar tirando por debajo del hombro habas negras ó golpeando un vaso de bronce. No todos se ahuyentaban con tan poco, y á cargo de algunos de ellos corrían lúgubres y espantables cuentos, que corroboraban la creencia en los genios maléficos.

«Habiéndose detenido Ulises en Temesa, á orillas del *Brucio*, dicen Pausanias y Estrabón, uno de sus compañeros, Polites, hubo de ultrajar á una doncella, y fué apedreado por los habitantes. Ulises no hizo nada para vengar este asesinato y aplacar á los manes del héroe, y con esto, el espectro de Polites venía todas las noches á sembrar el espanto y la muerte entre las gentes de Temesa. Para sustraerse á su enojo, iban á abandonar la ciudad, cuando la pitia les reveló que aplacarían la cólera del héroe, erigiéndole un santuario y ofreciéndole todos los años la más hermosa de sus hijas. En efecto, se le construyó el edículo en lo más espeso de un bosque de olivos silvestres, y todos los años se consumaba en él tan duro y cruel sacrificio, hasta el día en que un famoso atleta de Locres, llamado Eutimos, entró en el templo, vió á la hermosa doncella destinada al sacrificio, y movido á la vez de compasión y de amor se resolvió á libertarla, combatiendo la noche siguiente con el demonio.

»Y lo venció, lo arrojó del territorio y lo obligó á precipitarse en las ondas del mar Jonio. Desde entonces no volvió nunca á aparecer el espectro fatal; pero por mucho tiempo subsistió el proverbio: *Guárdate del héroe.*»



Temesa del Brucio ó Abruzzo (4)

### IV. - NATURALISMO DE LA RELIGIÓN ROMANA Y DEVOCIÓN FORMULISTA

Hay poesía en las ceremonias piadosas hechas al rededor del hogar y del sepulcro; la hay también, aunque de otra manera, en el culto de los bosques sagrados. El Apenino estaba entonces cubierto de esos inmensos bosques cuyo silencio y misterio hubieron de inspirar religioso terror por espacio de mucho tiempo. Para encontrar protección en medio de estos peligros desconocidos y tanto más impo- nentes, se consagraba en un claro un grupo de árboles, que venía á ser un templo y un asilo inviolable. A veces un solo árbol, el que el rayo había herido, ó aquel cuya copa dominaba todo el bosque y no dejaba parar nada bajo su densa sombra, era tenido por un ser divino.

En 456, tres embajadores de Roma fueron á reclamar de los ecuos el cumplimiento de un tratado. El jefe, muy bien asentado á la sombra de una inmensa encina, les contestó por irrisión: - Dirigíos á este árbol; yo tengo otras cosas que hacer para prestaros oído. - Pues bien, - repuso uno de los romanos, - que esta sagrada encina y el dios que la habita, cualquiera que sea, sepa que habéis violado la fe prometida, oigan favorablemente nuestras quejas y nos asistan en el combate!

Virgilio y Lucano veían los restos subsistentes de este viejo naturalismo, y hablan de árboles venerados, del olivo de Fauno, de que los marinos, á la vuelta de una navega-

(4) En el anverso las tres primeras letras del nombre de la ciudad y encima un casco; en el reverso una trípede entre dos jambas: moneda de plata.

ción peligrosa colgaban sus ofrendas, y de la vieja encina que eleva al cielo sus ramas ya secas, pero llevando siempre los despojos de las víctimas ofrecidas por el pueblo y los sagrados dones de los jefes.

*Exuvias populi..... sacratuque gestans  
Dona ducum.....  
Sola tamen colitur.*

Los animales desempeñaban naturalmente un papel en esta religión de la naturaleza. En el templo de *Juno Sospita*, en Lavinio, una serpiente recibía las ofrendas. El picoverde, que con su fuerte pico parece atacar los más duros árboles en que busca su sustento, y el lobo, rey de los bosques italianos, eran el símbolo de Marte. Cuando bajo la enramada, en el silencio y la sombra, se oía á lo lejos al picoverde herir á golpe estridente y seco la corteza de los árboles, era el dios rústico que hablaba, y el augur daba un sentido á sus palabras.

En el fondo, la religión de los primeros romanos apenas se alejaba del fetichismo. Quirino, figurado por una lanza; Júpiter Lapis, por una piedra (1); Vesta, por el fuego; Marte, por su escudo, y los dioses ó diosas de los barbechos, de la escarada, del abono, del añublo ó tizón, de la muela ó piedra de molino, del horno, del miedo, de la fiebre, todos aquellos, en fin, que representan los agentes físicos que el hombre ama ó teme, no están por encima de los seres buenos ó maléficis que adoran los pueblos bárbaros. Para el magistrado como para el particular, el canto ó vuelo de un ave, un ruido desusado, una tristeza súbita é involuntaria, un paso en falso, el chisporroteo de la llama, los mugidos de la víctima, su agonía lenta ó rápida, el color y la forma de las entrañas, todo eran presagios; y el apetito de los pollos sagrados, ó la gordura del hígado de una víctima, solían arrastrar las más graves decisiones.

El romano no conoce el amor divino: tiembla, al contrario, ante las innumerables divinidades (2) caprichosas y vengativas, que él se imaginaba emboscadas en todos los caminos de la vida; y según la expresión del más religioso de los paganos (3), «entra lleno de espanto en el santuario de los dioses, como si fuera su templo una caverna de osos ó de dragones.» Que pase por descuido con el pie izquierdo el umbral de su casa, que oiga el chillido de un murciélago, ó que su mirada recaiga en un objeto de los que se suponen funestos; luego al punto vuelve despedido á su aposento, y no se tranquiliza hasta haber ofrecido un sacrificio expiatorio. Creía en el mal de ojo (4) como el italiano de hoy, y como él también creía preservarse de él con un *fascinum* (5) que colgaba al cuello de sus hijos, en su jardín y en su hogar. De él se hizo el dios *Fascinus*, cuyo culto estaba confiado á las vestales, y para desviar la envidia y conjurar la fortuna adversa solía ponerse este dios bajo el carro de los triunfadores. Sin embargo, había un preservati-

(1) Según Varrón (S. Agust. *de Civit. Dei*, IV, 31), los romanos permanecieron 170 años sin tener estatuas. No sé si la fecha es exacta, pero el hecho debe de serlo.

(2) Varrón decía 30,000; era también la cuenta de Hesiodo; pero según Máximo de Tyr todavía era bajo este número.

(3) Plutarco *de Superst.* 25; Cic. *de Divin.* II, 72).

(4) *Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos.* (Virg., Egloga, III, 103.)

(5) El *fascinum* era ordinariamente un *satyricum signum* (Plinio, *Hist. nat.* XIX, 19) ó una campanilla suspendida á una rama de coral. Casi todos los niños chinos llevan esta última especie de amuleto. No quiere decir esto que semejante superstición haya hecho el viaje de Pekín á Roma. El espíritu humano, en todas las razas y en todos los países, pasa por estados análogos, que traen semejanzas inesperadas.

vo cierto contra los sortilegios, y era escupir en el zapato del pie derecho antes de calzárselo.

Catón el Antiguo murió en 149; vivió, pues, en una época en que comenzaba la grande edad de la civilización romana. Sin embargo, ¡cuán supersticioso era también aquel hombre frío y calculador profundo! Creía en los encantamientos ó hechizos, en las palabras mágicas para curar las enfermedades. He aquí una receta suya contra las luxaciones: «Toma una caña verde de cuatro ó cinco pies de largo, córtala por la mitad, y que la tengan dos hombres sobre tus muslos. Comienza á cantar entonces: *Daries, dararies, astataries dissunapiter*, y continúa así hasta que los dos pedazos se hayan reunido. Agita un hierro por encima, y cuando las dos partes se hayan reunido y se toquen, córtalas en todos sentidos. Haz de esto una ligadura sobre el miembro descompuesto ó quebrado, y se curará. Pero canta todos los días sobre la luxación: *huat huat huat ista pista sista, domiabo damnaustra*; ó bien: *huat huat huat ista sistar sis ordaunabon dannaustra.*» Y como, ésta ha puesto muchas recetas en su tratado *de Re rustica*. Sin embargo, Catón era uno de los más ilustres personajes de Roma. Vese que en cierto concepto aquel gran pueblo era bastante pequeño.

Supersticiones tan groseras y una credulidad tan ciega se han visto en otros tiempos más cultos y en mil lugares las hay análogas. Los *genios* de la vieja Roma no han muerto aún; todos ellos reviven con otros nombres para poblar ese infinito de los cielos cuyo vacío y silencio nos espantan. Pero lo que pertenece más particularmente á la religión romana es su carácter formalista. Nada de exaltación en la piedad, ni más aspiración divina que reflexión filosófica: las palabras, la actitud, el movimiento, todo está ordenado por el ritual. Salirse de las reglas establecidas, aun para dar más á los dioses era ir más allá de lo necesario y caer en la superstición. En el templo el estado más religioso del alma era la tranquilidad absoluta; silencio en los labios, silencio en el pensamiento. En cuanto á los ritos, todo estaba determinado de antemano, hasta la oración, que debería salir siempre del corazón, y muy luego se orará con fórmulas que no se comprenderán ya. En tiempo de los Antoninos, los hermanos Arbales repetían cantos que databan quizás de Numa. Y era menester reiterar tales cosas con un cuidado concienzudo, porque se atribuía virtud particular á las expresiones mismas. Por defecto de una palabra venía á ser inútil un sacrificio y vana una oración. Los jurisconsultos dirán después: *qui virgula cadit, causa cadit*, por una coma se pierde una causa. Y se creía que pasaba lo mismo con los dioses; y así cuando un cónsul tenía que pronunciar una fórmula religiosa, la leía con el ritual por temor de omitir ó trasponer una palabra. Un sacerdote seguía la lectura en un segundo libro para cerciorarse de que todas las palabras estaban bien dichas; otro hacía guardar en la concurrencia un silencio absoluto; en fin, un músico cubría con las modulaciones de su flauta todo ruido que hubiera podido romper el encanto afecto á las palabras que recitaba el oficiante (6).

(6) Plin., *Hist. nat.*, XXVIII, 3. He aquí el más largo pasaje que nos queda del antiguo historiador Fabio Pictor. «De paso se verá la pobreza de aquella vieja literatura, el estado miserable de aquellos espíritus, y cuán pesada era aquella servidumbre sacerdotal, bajo la cual no se siente en ninguna parte latir un corazón verdaderamente religioso.» Es un crimen en un flamín de Júpiter montar á caballo y ver las centurias en armas. Así rara vez se le ha nombrado cónsul. No le es permitido jurar; el anillo que lleva debe ser hueco y calado. No se puede sacar de su casa más fuego que el fuego sagrado. Si un hombre atado entra en su casa, es preciso que se le desate, que se suban por el patio interior las ligaduras al terrado y se arrojen á la calle. El flamín no lle-

El espíritu religioso ha sufrido muchas servidumbres; nunca fué encadenado con lazos tan estrechos. Podría creerse que Roma, como un instituto famoso, tenía miedo de la exaltación religiosa, si no se supiera que en este instituto la reglamentación de la piedad es resultado de la reflexión, y que entre los romanos fué producto espontáneo del carácter nacional. Pero si esta pueril credulidad abate el espíritu de este pueblo, lo hará también muy gobernable, y esta rigorosa disciplina de la devoción, que no tiene nada de común con el sentimiento religioso, preparará ciudadanos,



Guirnalda de follaje al rededor de un templo (1)

á quienes el respeto de la regla en el templo inspirará por mucho tiempo el respeto de la ley en el foro.

Otra observación: estas divinidades de Roma nos han parecido menos bellas que



Vesta con el paladón y un cetro (4)

las del politeísmo griego, y los Padres de la Iglesia entienden que la religión de Numa era una religión honesta (2). Sin embargo, los dioses romanos no exigen á sus fieles que practiquen la justicia: la pureza que exigen es de del cuerpo, *castitas* (3). Se puede venir á ellos sin arrepentimiento ninguno, pero no con una mancha en el rostro, en las manos ó en los vestidos. Con esto se necesita una toga blanca para las fiestas, y las abluciones, los baños, fueron un acto piadoso, antes de ser una prescripción higiénica. Podría decirse que las termas, la gloria arquitectónica de Roma, provienen, como sus teatros y circo, de una idea religiosa. Entre estos dioses y el hombre no hay más que una relación de interés. Quieren que se les honre, y como los patronos, orgullosos del gran número de sus clientes, gustan de que la multitud rodee sus altares, pretenden cantos y danzas sagradas, coronas de flores y de follaje al rededor de sus templos y aras con numerosa asis-

va sobre sí ningún nudo, ni en el bonete, ni en el cinturón, ni en ninguna parte. Si un hombre, á quien se va á azotar, cae á sus pies suplicando, no se puede aquel día castigar al culpable sin sacrilegio. No hay más que un hombre libre que pueda cortar los cabellos del flamín. El flamín no toca ni mienta jamás una cabra, carne cruda, habas; no cortará los sarmientos de vid que suben demasiado; los pies de la cama donde duerme deben estar untados de barro; no ha de dejarla tres noches seguidas, ni nadie sino él tiene derecho á dormir en ella. No es preciso que haya al lado de su cama un cofre con tortas sagradas. Han de enterrarse al pie de un árbol frutal las uñas y los cabellos que se le corten. Para él, todos los días son feriados. No le es permitido estar al aire libre sin el apex; en cuanto á estar descubierto en su casa, es muy reciente la decisión de los pontífices en sentido afirmativo (Aulo Gel. *Noct. Att.* X, xv). Otro ejemplo de este formalismo minucioso y pueril se encuentra en la tabla XLI de Marini (*Acti et monumenti de Fratelli Arvali*).

(1) Divo. AUG. S. C. Sacrificio delante de un templo. Gran bronce de Calígula.

(2) Tertul., Apol., 25.

(3) Gran bronce de Sabina, mujer de Adriano.

(4) *Castia placent superis; pura cum veste venit* (Tibul., II, 1, 13). Aulo Gelio (II, XXVIII) dice: *Veteres Romani... in constituendis religionibus... castissimi, cautissimique.* La *lustratio*, uno de los grandes actos religiosos de Roma y de los más antiguos, era al principio una purificación por medio del agua. La palabra se deriva del verbo *luere*, lavar, borrar.

tencia, á fin de que su dignidad gane entre los dioses y su crédito entre los hombres. En cambio prometen su protección, y como se les teme, se procura aplacarlos, y como se cree que pueden dar la salud, la fortuna, la victoria, se cumplen todos los actos que pueden obligarlos á conceder estos beneficios. El romano tampoco ama á sus dioses, ni éstos viven en él, no purifican su corazón, no elevan su alma. La religión es un mercado, y el culto un contrato en toda forma: *do ut des*. Plauto lo dijo en crudo: «El que llega á hacerse propicio á los dioses, logra siempre buenas ganancias.» Esta piedad que cuenta tan bien, muestra desde ahora que faltaban á aquel pueblo ciertas cualidades de espíritu: no habiendo tenido el resorte religioso, no tendrá después el resorte filosófico.

A pesar de todo, Vesta había puesto en honor la pureza virginal; Juno y todas las diosas nupciales, la prudencia y la abnegación de las matronas;

los lares amaban las virtudes domésticas; los manes la concordia en la familia; Fides la buena fe en los contratos; Término el respeto á todos los derechos, y salvo ciertas divinidades rústicas, que gustan de loquear y reir y permiten mucho más, todos estos dioses tienen la gravedad romana. Sin embargo, no llegaremos hasta



Fides ó la Buena Fe (5)

repetir lo que se ha dicho de esta religión, «que hizo, como la filosofía de Sócrates, descender á la divinidad á la tierra y la obligó á arreglar la vida y las costumbres de los hombres.» La filosofía socrática fué un poderoso esfuerzo de la reflexión; la religión romana, al contrario, nació espontánea de las costumbres, y en las edades primitivas las costumbres precedían á las creencias, que las conservan á su vez. Los pueblos latino-sabinos, en que la familia era tan fuerte, crearon dioses domésticos, que no podían nunca ser malos, y su vida agrícola los obligaba á tener dioses que protegieran la propiedad y los contratos. Antes de ser llevado al extremo de un campo para servir de límite sagrado, había salido Término del surco abierto por el arado latino.

#### IV. - COLEGIOS SACERDOTALES

De esta manera la religión romana es doble, comprendiendo la del Estado ó sociedad entera y la de los particulares; pero viven en buena inteligencia, porque en el fondo es la misma respondiendo á dos necesidades diferentes. La familia tiene sus penates, que el Estado respeta; la ciudad sus dioses, que los particulares honran, no sólo asociándose á las ceremonias públicas de su culto, sino también por devociones especiales á tal ó cual divinidad, por sacrificios en tal ó cual templo. Para dirigirse á uno de los dioses de la ciudad no se necesitan intermediarios. «El arúspice ordena, — dice Varrón (6), — que cada cual sacrifique á su gusto ó voluntad, *suo quisque ritu sacrificium faciat*,» y este principio dió la tolerancia religiosa de los romanos, mientras no creyeron amenazado el Estado por religiones particulares. Cuando el padre de familia, soberano pontífice en su casa, recurría al sacerdote, era para cerciorarse de que observaba

(5) FIDES AUGUST. S. C. La Buena Fe en pie, con espigas en una mano y una canastilla de frutos en la otra. Gran bronce de Plotina.

(6) *De Ling. lat.* VII, 38. Cicerón dice también: *ritus familia patrumque...* que es menester conservar *advis quasi traditam religionem* (*De Lege*, II, 11).

bien todos los ritos y que empleaba todas las fórmulas necesarias para obligar la voluntad divina (1). De aquí resultaba que los sacerdotes, aunque nombrados de por vida y formando colegios particulares, eran como senadores ó magistrados, miembros de la sociedad, y como ciudadanos, súbditos de la ley y de sus representantes (2). Si pues en Roma la religión y sus ministros estaban ligados á la política, no era dominándola, sino quedándole subordinados. Esta dependencia duró tanto como la Roma pagana; y de aquí su superioridad en el gobierno y su inferioridad en el arte y en la poesía, que nacieron en Grecia á las inmediaciones de los templos.

A los que aspiraban al sacerdocio no se les exigían conocimientos especiales ni vocación particular. Si Roma tuvo sacerdotes, no tuvo clase sacerdotal en posesión de grandes bienes ni con derecho á diezmos y primicias, no reconociéndose allí interés religioso distinto del interés del Estado. Los augures no podían recibir los auspicios sino por orden de los magistrados, y estaba prohibido revelar al pueblo un oráculo, como el Senado no diera autorización para ello.

«Nuestros mayores, dice Cicerón, no fueron nunca más prudentes ni estuvieron mejor inspirados de los dioses que cuando establecieron que las mismas personas presidieran á la religión y al gobierno de la república. De este modo, magistrados y pontífices se entienden para salvar al Estado (3).» No había, pues, dependencia del uno de los dos poderes respecto del otro. El Estado y la religión eran todo uno, y como las diferentes funciones de aquellos innumerables dioses, podían lógicamente venir á ser más tarde simples atributos de la divinidad, el Estado no se sentía amenazado por la interpretación de creencias tan elásticas, y se tuvo en Roma, cuando el pensamiento filosófico le fué importado de Grecia, la libertad religiosa que las iglesias con sus dogmas precisos no quieren ni pueden reconocer.

Los más honorables y respetados de estos sacerdotes eran los tres flamines ó encendedores de los altares de Júpiter, de Marte y de Quirino, los cuales no podían presentarse en público ó al aire libre, ni aun en el patio de su casa sin el *apex*, signo de su sacerdocio; los tres augures (5) sa-



• Un hermano Arval (4)

(1) M. Bouché Leclercq (*Pontifes de l'ancienne Rome*) dice muy exactamente (pág. 315) que en Roma el sacerdote no figuraba en las solemnidades religiosas, sino como maestro de ceremonias.

(2) Solamente los *duumviri sacris faciundis*, después los decenviros, intérpretes de los libros sibílinos, el flamin de Júpiter, y, desde la república, el *rex sacrorum*, no podían desempeñar otro cargo público. Las vestales estaban también consagradas al altar, y también podían, después de treinta años de servicio, volver á la vida civil. Los pontífices y los augures pretendieron eximirse de contribuciones; pero los cuestores los obligaron á pagar (Tit. Liv., XXXIII, 42).

(3) Cic., *Pro domo*, I.

(4) Para las ceremonias de su culto, los Arvales se ceñían la cabeza con una corona de espigas atadas con cintas de lana blanca. El jefe de su colegio se llamaba *magister* y los emperadores desempeñaban este cargo. La figura del texto representa á Marco Aurelio (*Dic. de Antiq.*, pág. 45).

(5) Cuatro muy luego; después, en el año 300, nueve; quince en

grados intérpretes de los presagios; las vestales, guardadoras del hogar público, que no debía extinguirse nunca; los doce salios ó saltadores (6), guardianes de las *ancilia* ó escudos que todos los años por el mes de marzo danzaban la danza de las armas, y tan luego como se declaraba la guerra, entraban en el templo del *dios que mata* para herir con sus picas su divino escudo de bronce, exclamando á la vez: ¡Despierta, Marte! los doce hermanos Arvales ó hermanos de los campos, sacerdotes de Dea-Día, divinidad telúrica; en fin, los cuatro pontífices (7), que libres de toda intervención y exentos de dar cuenta ni al Senado ni al pueblo, velaban bajo la presidencia del pontífice Máximo, por el mantenimiento de las leyes y las instituciones religiosas, hacían el calendario fijando los días fastos y los nefastos, lo que ponía, hasta cierto punto, bajo su dependencia, la administración de justicia y la celebración de los comicios. El día que la luna mostraba en el cielo su hoz de oro, uno de los pontífices convocaba al pueblo en el Capitolio, haciéndole saber cuántos días había que contar de las calendas á las nonas (8). El día de las nonas, otro pontífice anunciaba las fiestas que se debían celebrar durante el mes, anuncio que todos los domingos se hace aún en nuestras iglesias para las festividades de la semana: Finalmente, los pontífices llevaban un registro de los actos sagrados, de los fenómenos y de los acontecimientos que parecían tener un carácter religioso: de aquí salieron los grandes Anales.

Las vestales fueron al principio cuatro, dos por cada tribu, y hubo seis después de la adición de los *luceres*. Cuando se producía una vacante en el colegio, el rey, como pontífice máximo, elegía veinte doncellas patricias de seis á diez años, sin defecto físico y con belleza actual ó futura: la suerte, representando la voluntad divina, designaba á las que debían consagrarse al sacerdocio. Hecha esta designación, el pontífice máximo tomaba de la mano á la elegida, diciéndole: «Serás sacerdotisa de Vesta y guardarás los ritos sagrados para salud del pueblo romano.»

Después la conducía á la *Regia* (9), morada sacerdotal, donde caían sus cabellos al filo de las tijeras y sus hermanas la vestían de blanco. Era ni más ni menos el acto de tomar el velo en nuestros conventos de monjas.

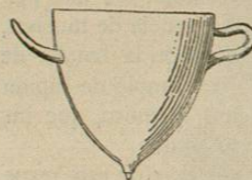
Las vírgenes de Vesta velaban por turno por la conservación del fuego sagrado que, así de día como de noche, ardía en el altar. Si llegaba á apagarse, era para Roma un funestísimo presagio; por eso la sacerdotisa negligente, cuya era la culpa de semejante conflicto, era azotada en un lugar os-

curado por el pontífice máximo, el cual volvía luego á encender el fuego frotando uno con otro dos trozos de palo cortados de un árbol de dicha ó felicidad, *felix arbor*, y en tiempos posteriores, concentrando en un vaso de metal los rayos del sol (1). Las vestales debían hacer libaciones, sacrificios y una extraña operación, que sin duda tenía alguna relación con su voto de virginidad. Cuando el 15 de abril, inmolaban los pontífices treinta vacas preñadas, los embriones sacados del vientre de las madres se entregaban á la gran vestal, que los quemaba y guardaba cuidadosamente sus cenizas hasta el día de las Palilias en que las distribuía al pueblo para que hiciera ofrendas expiatorias. Todas las mañanas lavaban el templo con agua, sacada de la fuente de Egeria en un vaso amplio de boca y terminado en punta, *futile*, de suerte que no podía ponerse en tierra sin que se derramara toda el agua que contenía. Tenían además las Vestales la guardia del *Fascino*, el dios que desvía ó aparta los maleficios, y una de las santas reliquias, prenda y garantía de la duración del imperio, *fatale pignus imperii*: estas reliquias, conservadas en el lugar más secreto del santuario, era el *Paladión*, estatua informe de Palas, y los fetiches que se suponían traídos de Somotracia á Troya por Dárdano, y de Troya á Italia por Eneas. La gran vestal *máxima virgo*, podía únicamente penetrar en este *sancta sanctorum*.



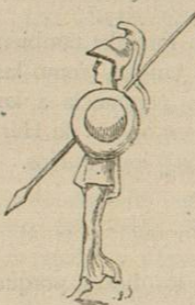
Vestal (2)

ban rodeadas de respetos y gozaban de muchos honores. Libres de todo vínculo de parentesco, es decir, sustraídas á la patria potestad y á la tutela de los agnados, podían recibir mandas y disponer de sus bienes por testamento. En justicia podían declarar sin que se les exigiera juramento; á su encuentro hacía bajar las fascas el magistrado, y el criminal conducido al suplicio quedaba indultado, siempre que ellas mismas declararan que había sido casual el encuentro.



Futil, vaso de las vestales (3)

Pero ¡qué horrible muerte si violaban sus votos! Al extremo del Quirinal, entre la puerta Colina y el sitio en que andando el tiempo, estarán los famosos jardines de Salustio, se hallaba el Campo malvado, el Campo de la desdicha, *campus Sceleratus*. Allí se excavaba un seno subterráneo, donde la sacerdotisa culpable debía ser enterrada viva. Colocada en la litera de los muertos, rodeada de espesos cobertores para ahogar los gritos de la víctima, era condu-



El Paladión (4)

ciada con lúgubre y pavorosa pompa á través del Foro y de la silenciosa y asombrada muchedumbre hasta el estrecho subterráneo, en que de antemano se habían puesto un lecho, una lámpara encendida, pan, agua, leche y aceite, provisiones de un día para una prisión eterna, é irrisoria asistencia de una piedad, que no quería dar cuenta á Vesta del asesinato de una de sus sacerdotisas.

Luego que el fúnebre cortejo llegaba al lugar del suplicio, el gran sacerdote pronunciaba secretas oraciones: después se abría la litera, y envuelta en sus velos blancos como un sudario, la infeliz vestal descendía por una angosta escalera á su sepulcro, cuya abertura se apresuraban á taponar los esclavos. Allanábbase luego el suelo cuidadosamente, á fin de que ninguna señal revelara el lugar, donde en las sombras y en el frío del sepulcro, expiaba la vestal un sacrilegio que acaso no había cometido.

Nadie iba allí á hacer las libaciones rituales que el más pobre y desvalido ofrecía á los manes (5): la infeliz sacerdotisa quedaba separada á la vez del mundo de los vivos y del mundo de los muertos.

Consumado el asesinato, la multitud se disolvía lentamente; algunos profundamente conmovidos del trágico fin de una hermosa y noble joven, consagrada en edad temprana á un tremendo sacerdocio; los más muy convencidos de que con un sacrificio necesario se habían apartado de Roma los males que la amenazaban.

No siempre la diosa Vesta abandonaba así á sus sacerdotisas. Emilia iba á ser condenada á muerte por haber confiado el ministerio de conservar el fuego sagrado á una novicia, que en sus pocos años hubo de dejar que se apagara. Después de haber implorado á la diosa, la vestal desgarró un paño de su túnica, lo echó en la ceniza ya fría, y vuelve á encenderse el hogar. Otra sacerdotisa, la virgen Tuccia, acusada de incesto, exclama: «¡Oh Vesta! si nunca me he acercado á tus aras con manos impuras, concédeme un signo que pruebe mi inocencia.» Y tomando un harnero, bajó al Tíber, lo llenó de agua y volvió á derramarla á los pies de los pontífices. Una piedra grabada nos ha conservado la memoria de este prodigio, porque cada colegio de sacerdotes se cuidaba mucho de poseer el suyo, y estas leyendas, que hacían constar la intervención divina, descargaban la conciencia de los romanos del remordimiento de haber condenado á una inocente á horrible muerte, cuando su desalmada política exigía una víctima para aplacar los terrores populares.

Los honores concedidos á las vestales respondían á la importancia religiosa del culto dado al rededor de aquel hogar público que jamás debía extinguirse. Pero á la idea religiosa que había determinado al principio las condiciones impuestas á las sacerdotisas, se había añadido, como consecuencia, una idea moral. Aquella eterna llama que



La vestal Tuccia (6)

(1) Dionis., II, 67; Plut., *Numa*, 10; Fest. s. v. *Penus Vestae*. Los árboles *felices* eran bastante numerosos: la encina, la carrasca, el haya, el serbal y otros muchos.

(2) Gabinete de Francia. Reverso de una moneda de la familia Claudia Oro.

(3) Servio (*ad En.*, XI, 339) supone que de aquí se deriva la palabra *futilis*, fútil, para designar al hombre incapaz de guardar lo que se le confía. Sacado del *Catálogo Durand*, por Witte.

(4) De una moneda de plata de la familia Julia.

(5) Sin embargo, en tiempo de Plutarco (*Quest. Rom.*, 96) los sacerdotes iban á hacer expiaciones.

(6) Montfaucon, *Ant. Expl.*, I, pl. XXVIII; Suplem., I, pliego XXIII.

simbolizaba la vida misma del pueblo romano, solamente vírgenes podían mantenerla: la institución del colegio de las vestales era, pues, una glorificación involuntaria de la castidad, y, en tiempos de fervor, esta creencia debía tener una influencia saludable en las costumbres.

Los veinte faciales elegidos de por vida entre las más nobles familias formaban un colegio político y religioso que presidía á los actos internacionales. Siempre que Roma



Vestales en torno del altar (1)

creía tener queja de un pueblo, enviaba un facial, que por esta razón se llamaba *pater patratus* ó heraldo del pueblo romano. Partía á su misión con la cabeza ceñida de un tejido de lana blanca y de una corona de sagrada verbena que él mismo había cogido en el Capitolio. Llegado que había á la frontera enemiga, exclamaba «¡Oyeme, Júpiter! ¡Oídme dioses de los límites! Y tú, oráculo sagrado del derecho (*fas*), escucha; soy el mensajero del pueblo romano; vengo asistido de toda justicia y merecen mis palabras toda confianza.» Después enumeraba los agravios de los romanos atestiguando con solemnes imprecaciones que eran bien fundadas. «Si es contra el derecho y mi conciencia que pida yo que se me entreguen tales personas ó tales cosas, á mí el mensajero del pueblo romano, que Júpiter no me deje volver jamás á mi patria.»

Adelantándose en el territorio enemigo, dirigía las mismas palabras al primer caminante que encontraba, á los que hallaba á las puertas de la principal ciudad, en fin á los magistrados en el foro. Si al cabo de treinta y tres días, no obtenía satisfacción, exclamaba entonces: «Escucha, oh Júpiter, y tú, Jano Quirino, y vosotros todos dioses del cielo, de la tierra y de la región subterránea, sedme testigos de cómo este pueblo es injusto y viola el derecho. ¿Cómo vengaremos el derecho ultrajado? Nuestros ancianos decidirán.»

Y volvía á Roma. Si el Senado y el pueblo decidían recurrir á las armas, volvía el facial á la frontera enemiga llevando una azagaya, cuya punta había sido quemada y enrojada con sangre y lanzaba esta amenaza de incendio y de matanza, anunciando que se abrían las hostilidades.



Camilo (2)

Más tarde, en tiempos del imperio, cuando el enemigo estaba sobre el Elba ó el Eufrates, el facial hacía las mismas ceremonias, pero sin salir de Roma. En el campo de Marte, junto al templo de Belona, se alzaba la *columna de la guerra*, que figuraba al extremo de la frontera romana. El facial lanzaba allí su dardo ensangrentado, y Roma creía haber cumplido con conciencia todos los ritos que obligaban á los dioses á darle la victoria. En el sacrificio hecho para la conclusión de un tratado, el facial mataba la víctima con un pedernal,

(1) Reverso de una moneda de oro de Julia Domna.

(2) Este *Camilo*, ó ministro de los pontífices, parece llevar en la mano izquierda el aspersorio y en la derecha la *situla* ó cubeta con el agua para la ceremonia (Roux. *Herculanum*, etc., t. VI, pág. 32).

la piedra de que saltaba la chispa y que en razón de esta propiedad, solía ponerse en manos de Júpiter en lugar de los dardos que figuraban los rayos.

La mayor parte de los colegios sacerdotales se completaban por *cooptación*, es decir, que los supérstites hacían la elección. Era un medio de asegurar el secreto de las tradiciones conservadas en el seno de la corporación. Los flamines, como las vestales, eran designados por el pontífice máximo.

Para ayudarles en las sagradas ceremonias estaban adunados á los sacerdotes niños de noble casa y de perfecta belleza á los cuales se daba el nombre de *Camilos*, que llevaba Mercurio mensajero de los dioses (3). Las divinidades de la Grecia, primero, y después las de Roma, se mostraban, al parecer, muy sensibles á la belleza, que era uno de sus dones. Así, la exigían de sus sacerdotes y miraban con malos ojos el servicio que no les prestaban los más perfectos. Testigo de ello Juno, que en la creencia de muchos, dice Valerio Máximo, hizo perder á Varrón la batalla de Canas, porque había dado la guardia del templo de Júpiter Capitolino á un joven admirablemente hermoso, que hubiera querido ella ver consagrado á su altar.

Nosotros también hemos conservado algo de este respeto á la obra de Dios para los que se consagran á su servicio: ciertos defectos corporales son un obstáculo para las órdenes sagradas.

Se subvénia á los gastos del culto y á la asistencia de los sacerdotes con los productos ó rentas de cierta extensión de tierra asignada á cada templo. Más adelante el mismo Estado les señaló emolumentos (4).

El culto doméstico de ciertas familias formaba también parte del culto oficial ó público de la ciudad, como las *Luperciales*, cuyo sacerdocio hereditario pertenecía á las familias Fabia y Quincia; los sacrificios en honor de Hércules, que debían hacerse por los Pinarios y los Poticios.

#### V.—FIESTAS PÚBLICAS

Las fiestas eran innumerables, como los dioses, porque el italiano de todos los tiempos ha sido muy aficionado á las solemnidades religiosas, que divertían la monotonía de la vida ordinaria con sus pomposas ceremonias, sus juegos ruidosos y alegres y sus banquetes ó comidas en que el pobre gastaba sus economías de una semana entera. Bastará mostrar aquí algunas de aquellas que más particularmente revelan las costumbres de las antiguas edades.

Fiestas que se celebraban aún en la época de César, y mucho después, recuerdan la vida rural, las costumbres groseras y las interesadas devociones de los primeros romanos. En Pale pedían lo que sus descendientes solicitaban de San Antonio, la salud de sus ganados; á Luperco, el dios lobo que protegía la cabaña y su campo contra la temible fiera cuyo nombre llevaba, la fecundidad y multiplicación del rebaño; á Dea-Día la abundancia de la cosecha. El día de las luperciales, los sacerdotes corrían por la ciudad medio desnudos, armados de látigos, cuyas correas se habían sacado de la piel de los cabrones y perros sacrificados al dios de la fecundidad, y los sacudían sobre cuantos encontraban y particularmente sobre las mujeres, que ofreciéndose á este

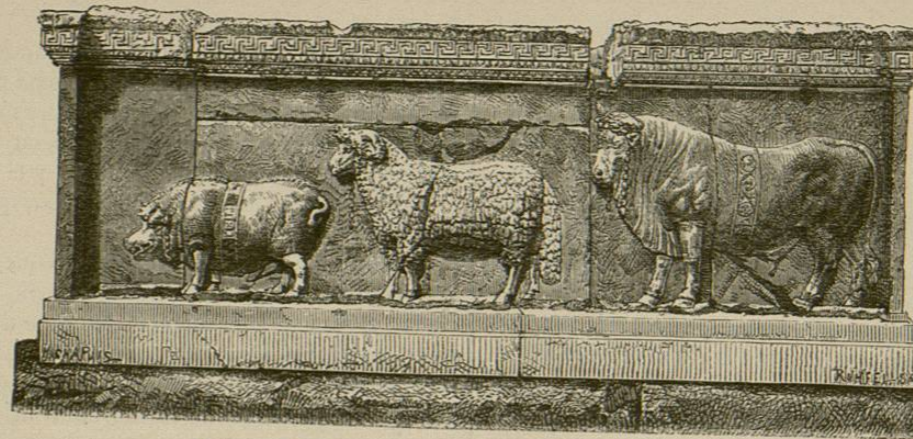
(3) *Pueri, seu puellae, ingenii, felicissimi, patrum, matrumque* (Fest., s. v. *Flaminius*).

(4) A las vestales (Tit. Liv., I, 20), á los augures (Dion., II, 6) y probablemente á los demás colegios. Las vestales, el *pontífice máximo* y el *rex sacrorum* tenían además una casa (*domus publica*), ó residencia á cuenta del Estado.

vapuleo creían librarse del oprobio de la esterilidad ó del peligro de un mal parto. En las Palilias saltaban los pastores hasta tres veces por encima de hogueras de heno y forzaban á sus reses á pasar á través de su odorífera humareda: eran las fogatas de la purificación. Las llamadas *Amburbalia* ó lustraciones de los campos se celebraban en nombre del Estado por los hermanos Arvales, antes de la siega del trigo y la fiesta se renovaba al rededor de cada propiedad. Con

la frente ceñida de encina y seguido de sus deudos y sirvientes, daba el propietario tres veces también la vuelta á su posesión danzando y cantando himnos á la Ceres Italiota.

«¡Dios de nuestros padres! purifica nuestros campos y á los que los cultivamos. Ahuyenta de nuestras tierras todo mal; que la mala hierba no sofoque los sembrados malogrando la cosecha prometida, ni la tarda oveja tenga que temer al rapaz y rápido lobo (1).»



Suovetaurilia (2) (Bajo relieve encontrado junto á la columna de Focas)

Libaciones de leche y vino melado, un sacrificio y un festín, en que comía también la víctima, terminaban estas piadosas rogaciones.

Las *Amburbalias* eran la lustración de la ciudad. A lo largo de los muros se desarrollaba y extendía, conducida por los sacerdotes y precedida de las víctimas, la procesión de los ciudadanos, que para este día solemne se habían engalanado con sus blancas togas y sus coronas de follaje. Luego que cesaban los cantos, que caían las víctimas al golpe del cuchillo sagrado y se quemaba sobre el altar la parte correspondiente á los dioses, estos debían su protección á las puertas y á los muros.

El mismo pueblo, al cerrarse los lustrados, quedaba purificado por un sacrificio expiatorio. Convocado por el heraldo, se reunía en el campo de Marte, donde el rey, *perfumado con mirra y hierbas olorosas*, estaba ya desde el alba, con los victimarios, que habían conducido un cerdo, una oveja y un toro. Tres veces giraba al rededor del concurso repitiendo himnos y rogaciones y luego inmolaba las víctimas, y quedaba hecha la *suovetaurilia*. Cantos, rogaciones, sacrificios: no querían más aquellos dioses bonachones para quedar en paz con su pueblo.

(1) Tibul., II, 1, 17 y sig. — Virg. *Georg.*, I, 336 y 350.

(2) Esta palabra latina está formada con los nombres de las tres víctimas, *sus* el cerdo ó puerco, *ovis* la oveja, y *taurus* el toro.

En circunstancias graves, como por ejemplo, en medio de una peste ú otra calamidad pública, admitían á su pueblo á comulgar con ellos. Llevábanse sus estatuas al rededor de una mesa bien servida, ni más ni menos que los demás comensales, las diosas sentadas, recostados en lechos los dioses á la usanza romana, y la imaginación popular, excitada por el mismo peligro, creía verlos aceptar de buena voluntad el festín, y desviar los ojos y aun volver la cabeza en cólera (3). ¿Deberá España á un recuerdo de estos convidados de piedra la pavorosa leyenda del Comendador?

Semejantes dioses y fiestas muestran al romano hundido, como lo había estado el griego, en esa embriaguez de la naturaleza que la grande encantadora había derramado sobre toda la raza aria; embriaguez amable y fecunda para los hijos de Homero y de Ilatón, pesada y estéril para los hijos de Rómulo; porque los primeros encontraron en ella un ideal encantador y sublime que los segundos no conocieron nunca y sólo entrevieron el día en que dejaron de ser romanos.



Lecho de gala para el Lectisternium (4)

(3) Tito Livio, XL, 59.

(4) Medalla de plata de la familia Celia, con los nombres de *L. Calvus, septemvir epulonum*, y de *C. Calvus*, triumviro monetario.



Vesta con el Paladión y la copa de las libaciones